

## ZONA TÓRRIDA: 40 AÑOS DE TRANSDISCIPLINA

Pedro Téllez

En 1971 se crean en la Universidad de Carabobo dos revistas que marcan historia: La revista *Poesía* y la revista *Zona Tórrida*, con unos meses de diferencia, comparten en sus inicios la mayoría de sus colaboradores, la primera como su nombre lo indica se ocupará fundamentalmente del hecho poético; en *Zona Tórrida*, si bien se publican cuentos y poemas, la columna vertebral la constituye el ensayo literario. De esta revista, de los colaboradores a lo largo de sus etapas, del género ensayístico y sus posibilidades, nos ocuparemos en el presente homenaje. El primer jefe de redacción de *Zona Tórrida* fue Teófilo Tortolero, Gabriel De Santis era el director de Cultura y Tortolero el jefe del departamento de literatura, antes llamado Publicaciones (José Luis Bonnemaïson acaba de ser electo rector, le antecedió Humberto Giugni); el comité de redacción de *Zona Tórrida* lo integraban: José Solanes, Daniel Labarca, Eugenio Montejo, Juan Antonio Aldazoro y Alejandro Oliveros. Abre el número el discurso de Solanes en algún encuentro de psiquiatras, y que en la revista titula: *La Alienación y los Alienados*. Se empieza con ironía: “Si este congreso se hubiera celebrado unas décadas atrás, quizás se le hubiera bautizado Congreso de Alienistas. No es imposible ahora que alguien piense que le convendría mejor el de Congreso de Alienados”. Pasa el sabio catalán revista a las teorías sobre la alienación, desde el marxismo hasta la fenomenología. Le sigue una patobiografía de Oscar Wilde por parte de Alfredo Celis Blaubach. Raúl Gustavo Aguirre publica su ars: *Biografía de una experiencia poética*, le siguen tres poemas de Ramos Sucre y las versiones francesas de Senelier: *El Mandarín*, *Las Suplicantes* y *La vida del Maldito*. Poemas de García Morales y de dos belgas: Hennart y Goffin, cuentos de Esdras Parra y de Dámaso Ogáz. Ensayo crítico de Cullere sobre Reynaldo Arenas, y cierran el número reseñas de Baïca Dávalos: Sitwell, Mallarme, Víctor Valera Mora (*Amanecí de Bala*), Joyce, Espriu. Se intercambia la revista con *Creación y Crítica*, peruana, la colombiana *Eco*, la española *Ínsula*, y *Poesía* de Venezuela. Edita la mejor imprenta del país para el momento: *Editorial Arte* de Caracas. Las ilustraciones son de Guevara Moreno y Jaimes Sánchez.

En nuestro inconstante mundo editorial, tan importante como el primer número es el segundo, nuestra Universidad posee una buena hemeroteca

de estos hijos únicos, solo la siguiente entrega estabiliza el proyecto: una línea entre dos puntos. El dos de *Zona Tórrida* es un volumen doble (2-3) y múltiple: *La angustia y el olvido del ser*: Guillent Pérez; *Humanismo, estructuralismo y marxismo*: Núñez Tenorio; Desarrollo: *Motivación central de la educación*: Reyes Baena; *Nerval visto por Albert Beguin*: Montejo; *Aurelia en la obra de Nerval*: Beguin; *El disonante cuarteto de Durrell*: Fraiberg; *Rilke poeta de la angustia*: Téllez Carrasco; *El afiche de la exposición Kienholtz*: Castellaro; *Ficción de lo nuevo*: Efraín Hurtado; *El humanismo adleriano*: Tortolero; *Siete poemas*: Silva Estrada; *Pleno Verano*: Palomares; *Al conde de Lautreamont*: Edgar Bayley, y *La evidencia triunfa. La decisión de Guillermo Tell*: Baica Dávalos; *Mano de mono*: Ben Ami Fihman; *Un domingo en la tarde*: Orlando Araujo. Schiller: *Búsqueda de la armonía*: Pedro Duno; *Coloquio en Sicilia*: Victoria Duno. *Zona Tórrida* desde sus inicios da cobijo a distintos géneros: ficción y no ficción: ensayo, poesía y crítica sobre poesía, filosofía, inter y multidisciplinas, médicos que escriben sobre poetas universales como si fueran sus pacientes (Celis-Wilde, Téllez Carrasco-Rilke) transdisciplina, pero trans no como un más allá de las disciplinas, sino como el atravesar de éstas, y valiéndose del ensayo, que atraviesa el objeto de su reflexión. Son 40 años de transdisciplina: poetas ensayistas (Oliveros, Montejo, Ludovico) narradores ensayistas (Oropeza, Laura Antillano, Puerta), médicos que son filósofos e historiadores (Molina Duarte, Mérida, Rojas Malpica), fenomenólogos, existencialistas, marxismo crítico, estructuralismo, psicoanálisis, entre jungianos y lacanianos, por citar algunos afluentes, ciertos colaboradores.

El estilo transdisciplinar de esta revista literaria (que nunca será una revista arbitrada) se mantiene con sus matices a lo largo de sus etapas y redactores: los primeros cinco números de Tortolero y otros (1971 a 1974), del seis al nueve al cuidado del triunvirato de Oliveros, Montejo y Pérez Só (1975 al 76), del 10 al 17 por Pérez Só (1977 a 1989), del 18 al 41 Oliveros (1989 al 2008). Y la quinta etapa (42) que se inicia a cargo de Luis Alberto Angulo.

Los 40 años de una persona para los griegos eran el *akme*, la edad de mayor florecimiento dentro de esta tradición de sus primeros redactores Tortolero, Montejo, Pérez Só, Oliveros, y sus colaboradores transdisciplinarios, que han puesto a dialogar a los escritores de la Universidad de Carabobo con las mentes más sensibles del país, consigo mismos, con nosotros y con hipotéticos futuros lectores, a través de un dialogo que no cesa.

## LA VISITA DEL ÁNGEL: EL EDÉN RECOBRADO POR ASALTO

Medina, Juan Rafael: *La visita del ángel*. Fundarte, Caracas, 2010, 155 páginas.

*Trabajaba la tierra de Unare este Concho Guaita y no dejó de guardar restos de suelo en las uñas ni siquiera después de muerto, a pesar de la mortaja.*

Alfredo Armas Alfonzo. *El Osario de Dios*.

Sin duda alguna, la literatura venezolana nos demuestra momentos estelares de apego a la tierra, por vía de su refundación en la memoria. Es pertinente una revisita a la región de Unare, recreada en el inolvidable volumen de “El Osario de Dios” de Alfredo Armas Alfonzo; el bullicio de los lunes en Arismendi, patente en la poesía de Adhely Rivero; la muerte de Justina, la meretriz del pueblo, trae consigo un vívido recuerdo de la serranía falconiana en la novela “En virtud de los favores recibidos” de Orlando Chirinos. Qué decir de dos magníficos ejemplos de la entrañable simbiosis habida entre la poesía y la crónica: “Carama” de Igor Barreto, cuyos asombrosos versos nos sumergen en el río Apure junto a monturas y jinetes asesinados; o ese enclave escondido que es el pueblo El Castaño, tema y tono rural de “Los Difuntos” de nuestra querida Vielsi Arias. Hoy nos complace hasta el tuétano conversar sobre un maravilloso libro de Juan Medina Figueredo. Sí, “La Visita del Ángel” constituye una aproximación sentida y poética a Aragua de Barcelona, esa hoja de cayena color ocre adosada al costado derecho del estado Anzoátegui, tal como la habíamos visto en un mapa antiguo. Su reciente lectura nos ha deparado una experiencia que raya en el privilegio y el placer. Acompañamos el texto introductorio de Carlos Noguera, solidario y todo acierto, cuando señala que los lectores estarán envueltos en su personal recreación mítica (y poética, lo seguimos machacando) del origen.

Si reparamos en el cuento *La muerte de un músico* (¿o más bien capítulo de novela?), tenemos que la pausada caminata de Luis Ramón Arreaza Matute se hace larga en el tiempo y en el espacio: Además de saludar el panteón familiar, se trataba de hurgar, mixturar y exaltar los recuerdos. La crónica, imbuida de realismo poético, transita diversos momentos históricos: la reivindicación de los Monagas, los inicios de la explotación petrolera, la guerra entre caudillos, las irreverencias del poeta José Tadeo Arreaza

Calatrava o la guerra de guerrillas. La crítica histórica se nos hace notable y obscena: “Luis Ramón Arreaza Matute despertó agónico de una pesadilla: se ahogaba entre aguas oscuras y turbulentas, su cabeza se hundía y flotaba, la pesadez lo aplastaba y lo ahorcaba bajo algas de brea, el excremento negro ardió en llamas”. Juan Medina Figueredo, fiel a sí mismo, toma por la peligrosa cornamenta no sólo el escurridizo tema petrolero, sino también el relativo al compromiso político y la desilusión ideológica. Es una impune contraposición a una escuela inútil de críticos profesoriales o, peor aún, *canibales de papel* –Lêdo Ivo dixit– que engullen sus propias mentiras.

Sin recurrir a recursos colindantes al efectismo estilístico, la polifonía fluye natural y dialécticamente para fijar el conmovedor retrato de un pueblo. *Fermín y Mano Lucio* son dos de sus muestras más ejemplares. Por supuesto, no podemos obviar el estupendo tratamiento de la oralidad en *Mano Lucio*, pues el habla popular no es una pintoresca postal sorda, sino un factor decisivo en la encrucijada de hablas que ennoblece a la patria. (La vinculación de lo culto y lo popular es anatema para las Academias Globalizadoras, cuyas catedrales son los Centros Comerciales).

*El espiritista* exhibe una extraordinaria comparsa de personajes enredados en una cruzada religiosa, filosófica y poética que se nos antoja un homenaje a Vittorio de Sica y a Federico Fellini (en un caso tenemos la ternura solidaria del neorrealismo, en el otro el surrealismo circense y lúdico). El fragor propio de la lucha de clases nos despierta de la ensoñación divertida y pueblerina: “En el muro blanco de la ferretería escribió: ‘Ha muerto Joaquín Trincado. Viva el comunismo’. Después volaron el gasoducto y ya no se habló más sino del fantasma del comunismo que recorría el pueblo”.

Este agradecido lector, amén de compulsivo polemista, ha hallado cuentos dignos de futuras antologías del género en el país. Podríamos citar dos títulos: *El enano del circo* y *La última estación*. El primero de ellos posee una atmósfera terrorífica que nos retrotrae al Quiroga de “La Gallina Degollada”: la voz femenina va hilando la trama con el suspenso in crescendo de la infancia despreocupada, pasando por el idilio y cópula de los ojos naranjas aurales de él y los ojos fresas crepusculares de ella, para devenir en la tara de los ojos bolas de cristal del hijo y sus manos de alitas. Este texto posee una calidad afín a otro cuento sobre enanos: “El enano colorado” de Michel Tournier. *La última estación* es un hermoso cuento que se centra en la relación problemática con la figura paterna (muchos son sus antecedentes en las artes y las ciencias: El Antiguo Testamento, la óptica parricida en Dostoievski, el complejo de Electra, Kafka, la celebración poética de Bruno Schulz, Gerbasi, Pepe Barroeta o la película “Magnolia” de P. T. Ander-

son). Recrea el diálogo o la conversa triste y entrecortada entre Mercedes y Don Miguel Martínez, presidido por la desolación y la desesperanza. Tal es la desgraciada índole de su juego especular: ambos se intercambian los roles de víctima y victimario (“Mercedes mira a su confidente, que pasa sigiloso, su imagen deformada en el espejo es un sopló húmedo con una voz de sonajero solitario”).

Asimismo, hay una afortunada incursión en los géneros del Bestiario y el relato de carretera en *La muerte despluma el vuelo*, relato cargado de conmovedora poesía. En resumidas cuentas, “La Visita del Ángel” de Juan Medina Figueredo no se solaza en onanísticos saltos al vacío propios de la imitación burda de las vanguardias literarias. Por el contrario, propone de manera inmediata e inequívoca la vinculación indiscutible del género cuentístico con la Patria, puñados de tierra que nos remiten a la fertilidad y al amor concreto por la vida.

JCDN

#### NOTA COMPULSIVA A LOS DIFUNTOS DE VIELSI ARIAS

Vielsi Arias Peraza: *Los Difuntos*. Fondo Editorial Fundarte, Caracas, 2010, 59 páginas.

*El chirrido / es de verja / y camposanto // (...) / Es chirrido / de ataúd / tocando fondo.*

Oswaldo González. *Abrevadero*.

La poeta Vielsi Arias nos movió a simpatizar con su primer poemario, *Transeúnte* (2005), título afectivo de la Poesía del Decir que nos revela la daltónica precariedad del soporte, del discurso plástico y poético en una aproximación fragmentaria a la lánguida belleza de las cosas. Su segunda

incursión poética, consolida la indiscutible calidad de su voz en la apropiación e interiorización del paisaje anclado en la memoria astillada de la infancia: *Yo leía muy rápido, / muy rápido pasó la infancia. / No dio tiempo / De cambiarse de ropa.*

En este caso, *Los Difuntos* nos muestra un discurso poético mucho más depurado en la rotunda ausencia



Foto: LAA

del exhibicionismo barroco, tan de gusto de la mentalidad desprevenida y acomodaticia de ciertos autores respecto a vacuas modas literarias y académicas. Vielsi, por lo tanto, no apuesta por las máscaras o cascarones del estilo afincados en alienante soberbia que nada dice, sino exclusiva y comprometidamente en la hermosa y única transparencia del texto poético, eso sí, en tanto solidaridad y contrastación con el Otro (el ciudadano de a pie, nuestros queridos difuntos y, por supuesto, sus afortunados lectores). Al contrario de textos apreciados (entre nos) como *Los Poemas de Arismendi* de Adhely Rivero, la voz poética no pretende refundar su carísimo ámbito, el caserío de El Castaño, “ubicado en la Cordillera de la Costa, Parroquia Democracia, entre Valencia y Puerto Cabello”; nos parece más bien una revisita a las imágenes infantiles y espectrales que se extravían en los recovecos de la memoria frágil pero amorosa: *Ya no salían a trabajar; / a sembrar el día. / Se mudaron los vecinos. // El río al otro lado se llevó las casas. / El pueblo se hizo viejo / y la sequía nos dejó solos.*

Como nos lo dice la misma poeta, se trata de una crónica sentimental y sentida de un pueblo escondido, sólo visto y vivido por los que viajan por las sinuosas y angostas carreteras viejas (los que vamos por las anchas autopistas, ni nos enteramos de su pertenencia al *país ausente*, valga la cita a Luis Alberto Crespo), y estigmatizado por una asombrosa atmósfera de ruralidad extraviada. La vuelta a la tierra de origen, nos escarnea en el desolador convencimiento de que somos todavía hijos de Pedro Páramo. Siguiendo las palabras más sabias de Juan Calzadilla, quien atina al descubrir su doble intención autobiográfica y tendiente a la suma epítáfica, nos atrevemos a decir que Vielsi es salvaguarda de otras voces que la anteceden: Gerbasi, Ana Enriqueta Terán, los poéticos ecos de Luvina de Juan Rulfo o Parapara de Ortiz de Otero Silva. Esta simpática y linda poeta que es Vielsi Arias, acompaña cotidianamente a sus muertos (especialmente, Antonio Márquez en su denodada soledad de vida y muerte) en la maravillosa visita recreada en el tono conversado de sus versos: *Es la misma casa, / la de todos los días. / Donde uno se siente repetido / en aquel vestuario de gaveta vieja. / La duda de ser otro / a quien pertenecemos. / El apellido se borra en segundo lugar. // ¿Quién anda allí? / siempre somos pasado; / ¿Cuántos son los que nos miran / y por lo que miramos? (SIEMPRE SOMOS PASADO).*

La poeta brasileña Cecilia Meireles coincide con nuestra Vielsi, sin ser ambas perturbadas por la angustia de las influencias ni los rígidos cánones literarios: *Soy yo que debo ir. / Porque no hay más nadie, / no, no habrá más nadie, // Tan decidido a amar y a obedecer a sus muertos.* Este poe-

mario constituye una celebración a la vida y a la poesía, sus versos son tan deliciosos como las calacas achocolatadas y bochincheras que dibuja aún José Guadalupe Posada.

JCDN

## POESÍA N° 152

Revista de poesía y teoría poética fundada en 1971 (Universidad de Carabobo, Valencia). Dirección: Víctor Manuel Pinto. Subdirección: Carlos Osorio. Redacción: Adhely Rivero, Luis Alberto Angulo, Lyerka Bonanno, Enrique Mujica, Arnaldo Jiménez, Sergio Quitral, Francisco Ardiles, César Seco. Arribando cuarenta años de fundada la publicación de la Dirección de Cultura de la UC, estrena, desde el anterior número monográfico dedicado a Enrique Mujica, una nueva conducción luego de las anteriores direcciones de Adhely Rivero, Reynaldo Pérez Só y Alejandro Oliveros, retrospectivamente. Destacan en esta entrega, vertida al castellano por la profesora bonaerense Delfina Muschietti, una selección de poemas de **Alda Merini** (Italia, 1931-2009), en los que la milanese continúa “la mezcla de cultismos y lengua cotidiana” como rasgo de su sorprendente obra. Los dos versos finales del primer texto “*y no creíamos más en Dios / porque éramos felices*”, son suficientes para confirmar el hallazgo. También atrapan, el poema *Pez*, luchando con las palabras del alemán **Gerhard Falkner** en la versión de Diana Carrizosa, y el referente a “La crueldad de haber arrancado la flor” de **Paulina Viderman**, lo mismo que *Fotografía y Fugacidad* de **Jesús David Curbelo**, con epígrafes de Elizondo y Catulo. Por su parte, **Víctor Rodríguez Núñez** en *Entrada*, concluye de manera insólita con estos versos: *En esta vida harta / de aciertos y certezas / sólo el error nos une. / La poesía es el reino de los equivocados.* **Eduardo Llanos Melussa**, buscando cielo abierto despliega la fronda caligráfica del árbol genealógico de la poesía cuyos “mejores frutos estallan sobre las cabezas / de quienes se van por las ramas ramoneando / o de quienes dormitan y roncan bajo (su) sombra”. Asimismo, **Arturo Gutiérrez Plaza** habla en *Labor* del oficio de vivir al “guiñarle, de vez en cuando, el ojo a la vida / para que se sienta a nuestro lado”. **César Seco** llama a los *Recuerdos*, “Viejos cuervos en el cielo de tu cabeza” a los que hay que “arrojarles algún pedazo de mí, algún trozo de nada”. **Ana Carolina Saavedra**, “En aire indivisible / entra y sale de mí”. **Morella Maneiro** en *Navegando* dice que “Una tormenta me despertó / para no olvidar la creación”. Textos de **Arnaldo Jiménez**, **Alessio Brandolini**, **Jesús David Curbelo**, **Alpidio Alonso-Grau**, **Sergio Quitral**, **Santiago Espinosa** y **Luis Alberto Angulo** completan el intenso recorrido

de una poética plural y viva, que quizás sólo tiene como rasgo común haber desalojado la formulación inmanente y “sagrada” de la visión idealista y decadente del arte por el arte, que por extraño y contradictorio pudiera llegar a parecer una corriente intelectualista reaccionaria, manifiesta a favor de la intuición pura y en abierta oposición al “intelecto”, a lo reflexivo, a lo político y a lo social, como elementos inherentes a la poesía. En la intuición recae, ciertamente, gran parte para no decir toda, la capacidad creadora del poeta para detectar lo falso más allá de lo puramente lógico y rechazar, asimismo, la ausencia expresiva, rítmica y de belleza de un determinado aparato verbal que pretenda la condición poética. La repulsa del poeta por la propaganda y la manipulación ideológica no descalifican el valor o el sentido de la poesía, por el contrario, afirman la necesidad de su autonomía de otros saberes y decires, para lograr reinstalar en el espíritu humano el sueño de la totalidad. En el inventario amoroso de los materiales de esta edición de la revista *Poesía*, observamos una tendencia abierta que se inscribe en la necesidad misma del decir como directriz ante el duro tiempo que vive la humanidad. La revista completa su propuesta con cavilaciones pedagógicas de Francisco Ardiles acerca de la poesía, así como comentarios de Lucía Estrada sobre Santiago Espinosa, de Alberto Hernández sobre Francisco Massiani y de Graciela Maturo sobre Teuco Castilla. El arte de portada de la revista es una obra de Carlos Rojas, y en la contraportada, un manuscrito de Elizabeth Macklin. *LAA*.